



EMPRESAS FUNDADORAS

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

BBVA

IBERDROLA

EMPRESAS EXTRAORDINARIAS

CAJA NAVARRA

EL CORTE INGLÉS, S.A.

IDOM

INDUSTRIA DE TURBO
PROPULSORES, S.A. (ITP)

EMPRESAS ASOCIADAS

ACERIALIA GRUPO ARCELOR

AESE - PORTUGAL

CIVISA

DELOITTE & TOUCHE

ESCUELA SUPERIOR DE ECONOMÍA Y
NEGOCIOS - SAN SALVADOR

GRUPO RIORISA

INSTITUTO INTERNACIONAL SAN TELMO

MECANIZADOS GINÉS, S.A.

NUCLENOR

REPSOL YPF

SÁNCHEZ PINTADO, NÚÑEZ & ASOCIADOS

SENER INGENIERÍA Y SISTEMAS

SISTEMAS ESTRATÉGICOS

TAKET CORPORATE, S.L.

TELEFÓNICA

FOROS

FORO DE EMPRESARIOS DE CÁCERES

FORO DE EMPRESARIOS DE CANTABRIA

FORO DE EMPRESARIOS DE CASTILLA Y LEÓN

FORO EMPRESARIAL REGIÓN DE MURCIA

FORO DE EMPRESARIOS DE NAVARRA

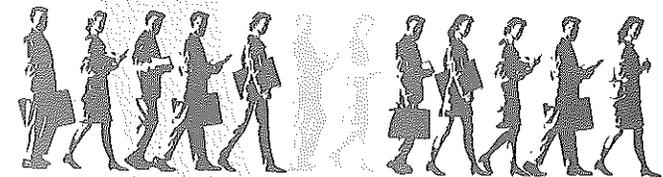
Tomas Callejo

POLÍTICAS DE HUMANISMO AUSENTE

CUADERNOS EMPRESA Y HUMANISMO

CUADERNOS EMPRESA Y HUMANISMO

101



INSTITUTO EMPRESA Y HUMANISMO
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

ÍNDICE

I. Introducción. Siempre otro siglo más	7
II. Los cuatro elementos de siempre	9
III. La agonía del agua	15
IV. Los tres centros del mundo	21
V. Política como "servicio" y política como "ser vicio"	27
VI. La política como patología	33
VII. Las actitudes que nos limitan	41
VIII. Los retos que nos esperan	45
IX. Las maneras de ser adulto	49
X. Las esperanzas que nos animan	55
XI. Hacia un nuevo orden social	59
XII. Conclusiones	67

junio 2007

© Instituto Empresa y Humanismo

Universidad de Navarra

ISSN: 1139 - 8698

Depósito Legal: NA 638/87

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, S. A.

Imprime: Idazluma, s.a.



POLÍTICAS DE HUMANISMO AUSENTE

Tomás Calleja

Nota Biográfica

TOMAS CALLEJA CANELAS

Doctor Ingeniero Industrial por ETSII de Madrid. Diplomado en Hidrología por UNESCO. Diplomado en Matemáticas Superiores por ETSII de Bilbao. Diplomado en Seguridad de Reactores Nucleares por MIT (Massachussets Institute of Technology). Diplomado en Administración de Empresas por MIT. Diplomado en Alta Dirección de Empresas por IESE. Licenciado en Negociación por ENS.

Ha sido Jefe de la División de Ingeniería Eléctrica y Mecánica de Saltos del Sil S.A., jefe del Departamento de Proyectos Térmicos y Nucleares de Iberduero S.A., jefe de la División de Organización y Sistemas de Iberduero S.A., Director de Recursos Humanos y Servicios Generales de Iberduero S.A., Secretario General Técnico de Iberduero S.A. y de Iberdrola S.A., y Director General de Desarrollo Corporativo de Iberdrola S.A.

Ha sido Consejero de Fuerzas Eléctricas de Navarra, de Vitoriana de Electricidad, de Electra de Logroño, de Iberdrola Energía, de Iberdrola Sistemas, de Media Park, de Oni Way, de Garrigues Asesores y del Grupo Soft.

En la actualidad es Consejero de Bussitel y de Voilá Comunicación.

Es miembro del Capítulo Español del Club de Roma, del Consejo de Dirección del Club de Consejeros, de la Junta de Gobierno del Club Español de la Industria, Tecnología y Minería y del Comité Español del Consejo Mundial de la Energía.

Ha sido profesor de la ETSII de Madrid, del Instituto de Empresa y de la Universidad de Navarra.

Es profesor de la Universidad de Deusto, de Euroforum Escorial, de la Universidad Francisco de Vitoria y de ESADE.

Es autor de un libro, coautor de siete libros, ha publicado más de doscientos artículos en diversas revistas y periódicos y ha pronunciado más de cien conferencias sobre temas de management, planificación estratégica, modelos sociales y habilidades directivas. Es miembro del Consejo de Redacción de la revista DIRIGENTES y de la revista NUEVA EMPRESA.



I. INTRODUCCIÓN. SIEMPRE OTRO SIGLO MÁS

El tiempo encierra en su eterna linealidad todo lo que ocurre en el Universo, pero lo engloba como un todo y no se entera de lo que ocurre en cada una de las partes de ese todo. Sólo los seres vivos se enteran, cada uno a su manera y cada uno en su manera, de una parte de cada una de las infinitas líneas de las que se compone la línea eterna en cada uno de los infinitos tiempos de los que se compone el tiempo eterno.

Para huir de la servidumbre de lo parcial inevitable, el ser humano trata de romper esa ciega linealidad con el recuerdo retocado del pasado y con la imaginación incompleta del futuro. En ese ejercicio, cada persona adapta el pasado al trozo de historia que tiene grabado en su memoria y extrapola esa historia, viajando sobre su estado de ánimo hacia un futuro inconcreto en el que mezcla, no siempre ordenadamente, conocimientos, deseos, sueños y temores.

Y ese mirar al pasado y ese soñar el futuro se acentúa con ocasión de los finales de cada siglo y los principios del siglo siguiente, esas bisagras de la historia que cierran un pasado para recordar o para olvidar y abren un futuro para evitar o para conquistar. Los finales de siglo y los principios de siglo siempre han estado llenos de recopilaciones y resúmenes de un pasado que se ha quedado en un tiempo que ha dejado de existir, y de previsiones y profecías de un futuro que está en un tiempo que todavía no existe, y en el que cada persona se sitúa como protagonista o como víctima, como líder o como seguidor.

Es por eso por lo que, en los finales de siglo y en los principios de siglo, se concentran las fotografías, las conclusiones, los retoques del pasado y los estudios, las prospecciones, los sueños y los temores del futuro. El tiempo no interrumpe su linealidad, pero



las personas se detienen unos momentos entre los nuevos superados del final de un siglo y los nuevos del principio del siguiente, y hacen ejercicio de cervicales mirando atrás y adelante hasta que, casi todas, comienzan a andar de nuevo y, casi todas, en la misma dirección que antes de sentir la oportunidad de pararse.

Los finales de siglo y los principios de siglo están sólo en las mentes de las personas. El tiempo es lineal, pero las personas le ponemos picos y valles, alegrías y tristezas, esperanzas y temores. Retocamos, en esos momentos, nuestra pequeña historia y ponemos en el futuro los trozos que le faltan al presente o quitamos los que le sobran, y así vamos construyendo nuestra gran historia, compuesta siempre de verdades y

no verdades, que van mezclando imperceptiblemente imágenes en las que se refugian las conciencias y se afirman las voluntades.

Por todo ello, en el reciente final de un siglo de dos ceros y en el reciente principio de un siglo de tres, se han hecho tantos resúmenes y se han dicho tantas profecías como casi nunca antes, excepto en la oportunidad de hacer algo más de mil años, una bisagra de la historia en la que muchos pensaron que no habría página siguiente. El tiempo continuó su línea y han pasado algo más de otros mil años. Es todavía buen momento para mirar otra vez a la historia, para saltar otra vez al futuro y, desde allí, desde otro allí distante, mirar este presente con mirada distinta.



II. LOS CUATRO ELEMENTOS DE SIEMPRE

En una antigüedad que, por lejana, ya se vuelve próxima, se consideró que la naturaleza, y toda su realidad, estaba compuesta por cuatro elementos: tierra, fuego, agua y aire. Una forma moderna de revivir y prolongar el significado de tan oportuna definición es relacionar esos elementos con la vida, y renovar su expresión en una terminología de actualidad: materias primas, energía, agua y medio ambiente.

La modernidad nos ha traído una conciencia de limitación de esos elementos, en contraposición a la de abundancia casi infinita que fue referencia de su hallazgo. Hoy, las materias primas, la energía y el agua son valores escasos, con algunas de sus manifestaciones en recorrido hacia la extinción, y el medio ambiente, tierra superficial, agua superficial y aire, requiere de cuidados de alto coste, y de todo y

para todo ello existe una escasa concienciación.

Ahora es ya siempre oportuno traer esta problemática a la consideración de la sociedad y recalcar los aspectos más modernos y de futuro de esas realidades siempre importantes para la vida de la humanidad. Porque, a pesar de los numerosos estudios y publicaciones al respecto, que tratan de concienciar a esta sociedad y a esta humanidad de la necesidad de abordar acciones para evitar un final no deseado, el mundo parece no enterarse de esas consideraciones y vive como si lo que puede evitarse fuera inevitable.

Hace ahora treinta y tres años que fue publicado el Informe al Club de Roma titulado *Los límites del crecimiento*, en el que se preveía, a distancia estimada de unos pocos años, el agotamiento del primero de los cuatro elementos, la tierra, y el comienzo de otra manera de vivir para una sociedad



que no había sabido conservarlo ni gestionarlo. La previsión resultó incierta e hizo casi verdadera la creencia de la infinitud de los cuatro elementos.

Y ahora nos damos cuenta de que ese Informe se adelantó algo más de los diez años que pensó adelantarse y de que, por razones diferentes a las que expuso, empezamos a sentir y a vivir el agotamiento de lo que siempre hemos creído infinito, porque hemos vivido como si lo fuera. Los caminos y las corrientes del mundo ya no conducen a donde siempre conducían antes.

Y no es porque las conciencias no lo sintieran o las imaginaciones no lo vieran. La ONU, preocupada por lo mismo, publicó en 1987 el admirable documento titulado *Nuestro Futuro Común*, en el que se analiza una buena parte de la problemática moderna de los cuatro elementos, y en el que se establecen alertas y se identifican retos para la humanidad que, caso de ser ignorados, pueden desembocar en escenarios difícil-

mente sostenibles. Pues parece que, tanto la ONU como la humanidad, se han olvidado de ese documento que, lo mismo que el otro, es hoy mucho más verídico que cuando se escribió.

Las materias primas, minerales y fósiles, la versión moderna del elemento tierra, destacan en su realidad actual por su importancia acrecentada, por su relación con los problemas de la sociedad y con sus soluciones, por su difícil futuro previsible y por los esfuerzos en curso para obtener de la tierra la mejor de sus contribuciones a una creciente demografía, con una complicada red de economías y relaciones, que necesita visiones imaginativas y tecnologías emergentes para hacer de este mundo viejo uno nuevo y mejor.

Si el petróleo se hubiera empezado a acabar, su precio estaría como está hoy, y si su precio está como si se fuera a acabar es que se va a acabar, aunque de distinta manera a como hemos pensado que se acabaría, dentro de unos

cien años. La tierra se está acabando, se está empezando a acabar, y vivimos como si no lo supiéramos.

La energía, la versión moderna del elemento fuego, va estableciendo continuamente referencias actualizadas, siempre inevitables, sugerentes y soñadoras de algo nuevo: de la demanda y de la eficiencia. Una demanda voraz de energía, una eficiencia mejorada y necesitada de nuevas esperanzas y realidades se debate en incertidumbres de insuficiencia y pide un esfuerzo mayor a una sociedad que tiene dificultades para ser más eficiente y más solidaria, y que necesita serlo tanto en la gestión de los combustibles como en la producción y el consumo de energía, así como en el respeto, conservación y mejora del medio ambiente, afectado por esas actividades.

Las relaciones entre economía y energía están cambiando. Ya no basta con ser un país rico para tener derecho a ella y ya no basta con ser un país pobre para no

tenerlo. El fuego y el agua, la energía y el agua, están moviendo, con la inmigración, a las gentes y a los pueblos desde la escasez a la abundancia; desde la escasez presente a la escasez futura, a esa escasez del tiempo venidero que una sociedad ciega parece incapaz de prever.

El agua, un elemento que no se ha rebautizado para modernizarse, también ha pasado de infinito a finito, ha pasado de la alegría al miedo, de vencer al fuego a ser vencida por él, de asegurar la naturaleza y su fuerza a ser la niña débil y mimada de una naturaleza herida. El agua necesita de inteligencias no expresadas, de ideas antes no necesarias, de solidaridades antes no planteadas y, sobre todo, de una gestión inteligente de su ciclo siempre llamado vital y nunca mejor llamado así, porque el agua está agonizando.

El aire, el elemento invisible, y tampoco rebautizado, el que nunca protestó mientras lo llenábamos de otras cosas que hemos creado en el suelo, se está convir-



tiendo en la barrera infranqueable de una necesaria evacuación de calor que puede hacerse imposible. El efecto invernadero ya está aquí, ya se funden glaciares como nunca antes y ya el nivel del mar crece por falta de entendimientos, un nivel que crece poco a poco y que puede empezar a ahogarnos. Río de Janeiro y Kioto ya son un pasado incierto.

La profecía de los cuatro elementos se ha hecho imposible porque el mundo y sus centros la han hecho imposible. Lo infinito se acaba y todo será distinto y diferente cuando el proceso no pueda pararse, cuando los cuatro elementos, que siempre nos han servido, se rebelen contra nosotros porque no quieran hacerse pequeños o porque no quieran seguir sufriendo la injusticia y la sinrazón de nuestro trato. Entonces la tierra dejará de dar, el fuego dejará de servir, el agua dejará de estar y el aire dejará de recibir. Y la humanidad, una humanidad más vieja que nunca en tiempo y en edad, tendrá que aprender a

vivir de otra manera que nadie puede imaginar hoy.

Las materias primas energéticas se están acabando antes de acabarse, excepto el uranio. Los minerales y los metales se han deslocalizado, no en origen pero sí en destino, de forma que ya no está clara la relación entre donde están y a donde van. El agua es la misma de siempre y cada vez es menos. El aire se está haciendo el peligro invisible. Si todo lo malo se junta, habrá menos tierra, menos fuego, menos agua y menos aire, y el dinero seguirá comprando más de lo menos necesario.

Es necesario traer a la actualidad nuevos entendimientos y nuevos planteamientos de esas coordenadas de vida que empiezan a quejarse de los resultados de una gestión más egoísta de lo que debiera y menos solidaria de lo que necesita esta vida nuestra de esta humanidad que no acaba siendo suficientemente nuestra.

La universalidad de la actual problemática de los cuatro ele-

mentos se contrapone a una pasada y superada concepción localista de su gestión, y todo eso nuevo que hoy es necesario tiene que venir de la mano de un entendimiento más humano de todo lo que afecta a las personas y a sus agrupaciones. La convergencia de los conceptos de humanidad y de universalidad provoca la urgencia

de la instalación en el mundo de un nuevo humanismo que, por representar un concepto que todavía no ha perdido nada de su integridad, resulta que sería el humanismo de siempre, que continúa hoy estando entero a consecuencia del poco uso del que ha sido objeto en los tiempos de desarrollo de la política.



III. LA AGONÍA DEL AGUA

La gestión del agua es importante para la economía y es un índice de la sanidad de la economía. Existe una correlación casi lineal entre el nivel de bondad de la gestión del agua de una sociedad y su nivel de progreso.

Recientemente, cerca de setecientos expertos se han reunido en Estocolmo como conclusión y colofón de cinco años de trabajo sobre la gestión del agua en el mundo. Sus conclusiones, que merecen ser tenidas en cuenta, han resultado altamente preocupantes.

De acuerdo con el llamado "Ciclo vital del agua", la cantidad de agua que cae sobre la tierra cada año es constante, ya que es la misma cantidad que la que se evapora, que es consecuencia del calor del sol que llega a su superficie, que es prácticamente constante.

Sin embargo, el reparto del agua que cae sobre la tierra no es

constante. En algunos países cae lo mismo de siempre, en otros cae más y en otros cae menos, y esas variaciones dependen de circunstancias que, muchas veces, son consecuencia de una buena o de una mala gestión, y da la impresión de que el agua se da cuenta de quien la cuida y de quien no la cuida y, a estos últimos, les castiga.

En cualquier caso, las malas gestiones, las contaminaciones, las desconsideraciones, las insolidaridades, los errores y otras muchas cosas negativas de nuestra especie para con el agua, están acabando con ella. El agua del mundo está agonizando.

En Rusia, el buen caviar escasea cada vez más, porque los embalses en cadena construidos en el Río Volga para producir energía eléctrica impiden a los esturiones remontar el río en la época del desove y reproducirse. El nivel de agua del Mar Caspio ha



descendido y se está vaciando de peces.

En Río de Janeiro, todos los días, cientos de miles de personas, casi todos niños y mujeres, descienden de las colinas y caminan varios kilómetros para recoger unos litros de agua y transportarla a sus favelas, llevando los bidones sobre sus cabezas.

En Dakar, las fuentes públicas, que abastecen de agua a más de medio millón de personas, se están extinguiendo y, de estar manando continuamente en el pasado, ahora sólo pueden hacerlo tres horas al día. Después de largas e interminables colas, se autoriza a cada persona a recoger diez litros.

En el Valle del Indo, Pakistán, las tierras del Punjab y del Sind disponían de 65.000 kilómetros de canales y constituían uno de los desarrollos agrícolas más espectaculares del mundo. Pero los canales no estaban bien construidos y una parte del agua se escapaba por sus fondos, elevando el nivel de las aguas subterráneas,

que ha subido considerablemente. Además, la evaporación de las aguas más superficiales ha ido decantando una capa creciente de sales minerales que esterilizan la tierra. Más de tres millones de hectáreas están amenazadas y están dejando de producir.

Florenia ha sufrido dos grandes inundaciones en el siglo pasado por el desbordamiento del Río Arno, con graves consecuencias para monumentos importantes y singulares y con pérdidas y deterioros de libros y documentos valiosos. La desaparición de los bosques próximos, la erosión de las tierras cercanas y una deficiente gestión del agua han originado esas catástrofes que han devastado una de las maravillas de nuestro mundo.

Estos son unos pocos ejemplos, repetidos y experimentados paralelamente en otras localizaciones, de la importancia del agua y de su gestión. El agua está dejando de ser un bien común que se nos da con la existencia. Cuando la tenemos, muchas

veces parece que la ignoramos. Cuando se ausenta y desaparece, se hace más preciosa que el oro. Y cuando abunda, es casi siempre riqueza y, a veces, catástrofe y tragedia.

Hoy, mucho mundo tiene sed y el problema se agrava cada año. Todavía, después de tanto tiempo, no sabemos, de verdad, lo que es el agua, y el aumento de la demografía nos ha hecho saber que no sabemos tratarla adecuadamente, que no sabemos respetarla ni quererla. Y ello hace que no sepamos gestionarla, ni mucho menos compartirla. Hoy se impone establecer una nueva relación moderna del agua con la solidaridad que todavía no hemos descubierto y, como el agua agoniza, cuando la descubramos puede ser tarde.

Parece oportuno recordar que la vida, en términos científicos, nació del agua. Gracias a la radiación solar ultravioleta, y como el agua contenía amoníaco, metano y anhídrido carbónico, indispensables para la formación de molé-

culas vivientes, se estableció un proceso de combinación-descombinación que, después de centenares de millones de años, engendró la vida. Una posterior y larga evolución fue pasando de los cuerpos más elementales a las plantas y, finalmente, al hombre.

El ser humano es agua en sus dos terceras partes: antes de nacer está envuelto y protegido por agua y su sangre tiene un 79% de agua. El agua acompaña al hombre hasta el instante mismo de su muerte, y después de ese instante le abandona.

El agua ha sido objeto de innumerables, largas, trabajosas y costosas investigaciones, y aún no la conocemos en su ingente totalidad. Todavía el agua nos oculta algunos de sus secretos. Siendo, probablemente, el elemento más importante y necesario de nuestra existencia, su proximidad, naturalidad y humildad nos hacen olvidarnos de ello y ser injustos e irrespetuosos con ella. Y esa injusticia y esa falta de respeto



están acabando con ella, y ello puede acabar con nosotros.

Llevamos muchos años echando al agua residuos urbanos, petróleos y otros hidrocarburos, detergentes, abonos químicos, pesticidas, residuos radiactivos y todo tipo de contaminantes. Está claro que, en este mundo que tanto lo necesita, todavía no existen, de verdad, los derechos del agua, y los pocos que existen no se respetan como el agua se merece.

Tenemos, la humanidad tiene, 134.000 millones de kilómetros cúbicos de agua. Un kilómetro cúbico son mil millones de metros cúbicos. Pero solo el 3% de esa cantidad es agua dulce y parte de ella está inaccesible. Tenemos, para satisfacer nuestras necesidades de agua, contando con las aguas subterráneas, un poco menos de medio millón de kilómetros cúbicos de agua. Si estuvieran bien gestionadas y bien repartidas, estas aguas serían suficientes para la humanidad presente y futura. Pero no

están ni bien repartidas ni bien gestionadas. Y una parte del mundo, tierras y personas, tiene sed, y las inteligencias parecen escasas y las políticas no parecen inteligentes. En el mundo, en nuestro mundo, hay problemas de agua, y hay soluciones que, para ser posibles, hacen necesarias otras formas de pensar y otras formas de ver las cosas.

Es necesario organizar la pureza de las aguas, optimizar los abastecimientos, mejorar las gestiones y establecer mecanismos imaginativos de reparto. Es necesario entender mejor el agua, entender mejor el hombre y entender mejor el mundo. Si no lo hacemos mejor, el agua dejará de ayudar al hombre y al mundo y sabremos que el fin del mundo es un mundo sin agua.

En 1984, la ONU creó la *Commission on Environment and Development*, bajo la presidencia de la Primera Ministra noruega, Gro Harlem Brundtland, con el propósito de establecer y diseñar una "Agenda Global para el Cambio"



en el mundo. Su primera reunión se celebró en octubre de 1984, y el Informe, titulado *Our Common Future*, se publicó 900 días más tarde, en 1987.

Durante esos 900 días, murieron en el mundo cerca de 60 millones de personas a consecuencia de beber aguas contaminadas, de la sed y del hambre, y la mayor parte de esas víctimas fueron niños.

El documento hace importantes recomendaciones en áreas como el crecimiento demográfico, la alimentación, la conservación de especies y ecosistemas, la energía, la industria y las ciudades. En todas ellas, el agua está presente de manera importante y preocupante. Hace referencias a los usos del agua, al interés común y a la solidaridad.

Da la impresión de que, en este tema del agua, faltan por aplicar conocimientos que tenemos y faltan por descubrir conocimientos que no tenemos. Pero cada vez se extiende más la idea de que faltan entendimientos nuevos de algunas de las cosas de siempre.

Como si tuviéramos que reinventar las personas, la sociedad y la humanidad. Como si, en ese futuro común al que el documento se refiere, no existiera hoy todavía la palabra común, y como si esa palabra fuera la parte más importante de nuestro futuro. Como si gestionar institucionalmente lo que tenemos cerca, que es a lo que se dedican únicamente casi todos los gestores públicos, fuera una pequeña parte, y no la más importante, de aquello a lo que se debieran dedicar si entendieran, de verdad, su responsabilidad y supieran hacerle frente.

No existe, actualmente, ninguna ideología comunicable que contenga los ingredientes necesarios para ser la base de un entendimiento que supere las que han servido para deteriorar un mundo hoy sediento a consecuencia de la agonía del agua. Sin embargo, en las esperanzas del nuevo humanismo se encuentran las llaves de todas las puertas que abrirán los caminos que nos permitan descubrir lo que no sabemos, para llegar a tener lo que no tenemos.



IV. LOS TRES CENTROS DEL MUNDO

A través de un proceso complejo, en cuyas carreras compitieron con diferente fortuna países y continentes, Europa se fue configurando, a lo largo de muchos años, como el centro del mundo. La empresa del Imperio Romano hizo gran parte del trabajo y convirtió sus dominios en un destino atractivo para los invasores, que llevaron a cabo una inmensa operación de movimientos inmigratorios que fueron asentando la incipiente configuración de los diferentes países y lenguas que, sin saberlo ni quererlo, iba estableciendo la Europa triunfadora.

El Renacimiento consagró la hegemonía de Europa hasta tal punto que, sin que Europa tuviera una consistencia de significado, sus partes tenían una consistencia de realidad que consolidó la referencia continental sin que nadie pudiera explicar lo que significaba Europa en términos de conceptos y temas comunes y

compartidos. Europa nunca llegó a ser lo que su concepto sugería pero, aún con esa importante carencia, se convirtió en el centro del mundo. Y lo fue durante muchos años.

La Ilustración modificó sustancialmente los parámetros básicos relacionales e irradió nuevos entendimientos de las esencias de la sociedad. Estas, interpretadas a la luz de la aventura incipiente de América del Norte, impulsó en las personas de aquel territorio la ambición de la creación de un nuevo país y un nuevo continente con voluntad de convertirse en el otro centro del mundo.

Europa, el primer centro del mundo, se desgastó en guerras y conflictos. Napoleón concibió Europa como debía ser pero no supo hacerla como debía estar. América aprendió de ello. La primera Guerra Mundial explotó las diferencias y las carencias de



Europa y los Estados Unidos acudieron en ayuda de una parte para hacer a la otra parte perdedora. Y América aprendió de ello. La segunda Guerra Mundial explotó las heridas no cerradas de la primera y los Estados Unidos volvieron a acudir en ayuda de la misma parte para hacer a la otra misma parte perdedora. Y América aprendió de ello.

Europa se gastó y se rompió tantas veces que se hizo más vieja de lo que era, y América aprendió tanto que se convirtió en el nuevo centro joven del mundo, un mundo que empezó a vivir con dos centros por primera vez en su historia, pero uno de ellos viejo y el otro joven, y la carrera entre ellos siempre se decantó por la victoria del segundo. Los dos flotando en la misma economía, pero uno de ellos, el de menos densidad y el de menos peso muerto, flotando más que el otro. América sabe desprenderse de lastre cuando lo necesita, y Europa tiene mucho lastre pero no sabe desprenderse de él porque

no quiere perder lo que cree que tiene ganado.

Y ahora, en este final de siglo y en este principio de siglo, China se rebela inteligentemente contra un pasado de servidumbres invasoras y de ideologías paralizantes y, apoyada en dos plataformas, la del escepticismo de lo político y la del pragmatismo de lo económico, crece de forma espectacular hacia las alturas que quiere ganar para convertirse en el tercer centro del mundo, de un mundo que, sin haber aprendido bien a vivir con dos centros, no tiene idea de cómo aprender a vivir con tres. Un centro que se mantiene firme, un centro que sube con ambición y rabia, y un centro que baja porque vive en un permanente desconcierto en el que está quemando el patrimonio de su historia.

En el año 1798, Thomas Malthus publicó su *Essay on Population*, en el que estudiaba las relaciones entre los recursos y la demografía. Partiendo del aserto de que los recursos del mundo son limitados, establecía la racionalidad de

los desastres y las guerras como la colaboración del destino al difícil equilibrio de aquellas relaciones y al inevitable sacrificio de los pobres en el reparto de los recursos disponibles. Todavía había muchos mecanismos no descubiertos para trabajar en favor de la demografía que, a medida que fueron puestos a su servicio, soportaron razonablemente su crecimiento.

Pasaron casi dos siglos de crecimiento espectacular en los que la ciencia y la tecnología fueron poniendo al servicio de la humanidad cantidades crecientes de recursos que alargaron en el tiempo la parte negra de las profecías de Malthus, pero que mantuvieron despierto su olfato. En el año 1975, el Informe al Club de Roma titulado *Los Límites del Crecimiento*, ya mencionado antes, alertaba, en términos más modernos, sobre la misma problemática, preconizando la conveniencia de un cambio de planteamientos en los sistemas de obtención de recursos, en las estrategias de producción y en

las culturas de consumo. El olfato de Malthus no había muerto con él.

En el año 1987, la Organización de Naciones Unidas publicó un documento titulado *Nuestro Futuro Común*, al que también se aludió antes, en el que analizaba, desde las perspectivas de la naturaleza y el medio ambiente, una problemática paralela de las relaciones entre la humanidad y el soporte físico de sus recursos, y también se alertaba de los desequilibrios que las políticas industriales y energéticas, en sus relaciones con la demografía, estaban originando en el desarrollo de la humanidad, estableciendo recomendaciones y advirtiendo de las posibles consecuencias negativas de ignorarlas.

Los primeros grandes movimientos migratorios tuvieron como motivación la conquista, por las armas o por la inteligencia, de los territorios de destino y, después de las conquistas que fueron su consecuencia, esos movimientos se laminaron y se redujeron considerablemente.



Bastante más tarde, los movimientos imperialistas de ocupación y explotación establecieron una larga época de tranquilidad y quietud en este sentido. Los desplazamientos de personas, grandes en importancia pero pequeños en volumen, iban del primer centro del mundo a los extremos, primero, y de los dos centros del mundo a los extremos, después. De los ricos a los pobres o de los ricos a sus mercados.

Hoy día, los desequilibrios advertidos por el olfato de Malthus, por la visión del Club de Roma y por misión de la ONU, han hecho que el imperialismo de la fuerza sea sustituido por el invasionismo de la necesidad. El agotamiento de los recursos y su concentración en los centros del mundo han hecho que, en la actualidad, los movimientos migratorios se muevan de los extremos a los centros, de los pobres a los ricos. El desarrollo y la demografía han vencido, por así decirlo, a los cuatro jinetes del Apocalipsis y amenazan al estatus

con un generalizado proceso de desnacionalización.

Y ahora, en ese reciente final de siglo y en este principio de siglo, toda la historia se vuelca de repente delante de nosotros, delante del mundo de tres centros, tres ramas y muchos apéndices, de un mundo con tres mundos, y nos plantea una barrera, casi infranqueable, a la continuidad que impide a las inteligencias seguir por el mismo camino. Pero las inercias no quieren, o casi no pueden, cambiar la dirección. Parece que hay demasiada inercia y demasiada poca inteligencia, y hay que reducir la primera y aumentar la segunda para encontrar el camino.

La producción y el consumo no acaban de racionalizarse, y los países ricos son cada vez más ricos y los países pobres son cada vez más pobres. Mucha gente se muere de hambre y muchos niños se mueren cada día de hambre y de sed, y la parte del mundo que puede ayudarles a resolver sus problemas se pone la música



cada vez más alta para no oír el llanto de los pobres.

Los tres centros del mundo concentran situaciones, recursos, sistemas y culturas, y empujan a su sociedad próxima a un desarrollo basado en los mismos parámetros que han hecho el desarrollo insuficiente que hoy aprisiona nuestras ideas y nuestros espíritus y produce una rabia insuficiente que no nos vale para cambiar. Pero, lejos de esos centros, los cuatro jinetes del Apocalipsis

continúan arrasando tierras y personas.

Solo las fuentes que el humanismo puede emitir son capaces de estimular la circulación de bienes, servicios y personas que acerquen las simas profundas de la pobreza y el abandono a los poderes de los tres centros del mundo para hacer posible otro mundo nuevo, a favor del que mucha gente trabaja en la sociedad y en contra del que otra mucha gente trabaja en la política.



V. LA POLÍTICA COMO "SERVICIO" Y LA POLÍTICA COMO "SER VICIO"

Los políticos han impuesto la creencia de que hablar mal de una democracia equivale a hablar mal de la democracia. Esa es una trampa malévolamente que dificulta el progreso de las democracias que necesitan mejorar y difumina la referencia de las que pueden ser modelo. Ese resultado sólo interesa a los políticos, que se han hecho artistas en la manipulación ocultista del lenguaje en la misma magnitud en que no se han hecho artistas en el uso inteligente y productivo de los recursos.

Pero, como no hay dos democracias iguales, resulta claro que unas son y tienen que ser mejores que otras o, lo que es lo mismo, que hay democracias buenas y democracias malas. Es igual de claro que no todas las políticas son iguales, por lo que unas son mejores que otras, lo que nos lleva, también, a la conclusión de que hay políticas buenas y políticas malas.

Pero las políticas las hacen los políticos, y prueba de ello es que estos piensan que son los dueños de las democracias, por lo que existe una estrecha relación, más estrecha de lo conveniente, entre las democracias y los políticos que juegan a ellas. La experiencia de la observación de esta relación nos ha enseñado que funciona mejor una democracia mala con buenos políticos que una democracia buena con malos políticos.

En cualquier caso, resulta aceptable que la forma de medir la bondad de una democracia sea por sus resultados, con lo cual podemos y debemos relacionar las democracias con las economías. Las economías buenas se deben a democracias buenas, y las malas a las malas. Así de sencillo.

No resulta tan sencillo relacionar la bondad de los políticos con un parámetro inequívoco, porque la valoración de las personas



nunca está exenta de subjetivismo, lo cual nos aconseja ser finos en la elección de los parámetros de referencia y utilizar, en este caso, más de uno. El *curriculum vitae* no deja de ser una referencia, la ideología ha dejado de ser una referencia y, cuando podemos utilizar los resultados, casi siempre es tarde y hay que llamar a un restaurador de los que restauran, no de los que cocinan, para que arregle los desaguisados.

Pues bien, hay un parámetro que resulta indicador y significativo en este caso. Como las economías buenas son siempre economías de futuro y las democracias buenas son siempre democracias de futuro, porque siempre hay algo importante por inventar, hoy es visible que hay políticas de futuro y políticas de pasado, y estas son siempre políticas malas. Las políticas de pasado las hacen políticos de pasado haciendo cosas relacionadas con el pasado, que son cosas que no producen, porque la sociedad puede proyectarse y no puede retrotraerse.

Dedicarse a hablar continuamente de lo que hicieron mal los anteriores, o de lo mal que lo hicieron los anteriores, retirar estatuas y esculturas, cambiar nombres de calles y sitios por otros nombres del pasado, crear comisiones para investigar el pasado y que se eternicen sin producir algo verdaderamente útil para la sociedad, son cosas que hacen los políticos de pasado y que no hacen los políticos de futuro. Cambiar decisiones anteriores por otras que fueron alternativas de pasado, es volver al pasado.

Las políticas de pasado no hacen economías de futuro y, por tanto, no producen buenas democracias. Democracia mala, economía enferma y política de pasado es una mezcla que hace las cosas más difíciles todavía para los que trabajan y más complicadas para las empresas que producen riqueza y bienestar.

El mundo de las empresas necesita de unas referencias de contexto y de entorno que vienen

definidas, en parte, por los mercados y, en parte, por las estructuras de poder y por su funcionamiento, de forma que la política condiciona e influye en la competitividad de las empresas y, sobre todo, en sus posibilidades de crecimiento, desarrollo y éxito. Si la política se acerca a su enfoque más productivo, las empresas condicionadas por su entorno tienen más posibilidades de éxito que si la política se aleja de ese enfoque productivo. En el primer caso, la política está concebida y operada desde una referencia de "SERVICIO" y, en el segundo caso, la política está viciada y, por tanto, opera desde una referencia de "SERVICIO". Las consecuencias de estos dos enfoques son muy diferentes para el país, para su economía y para sus empresas.

La gobernación, en los tiempos antiguos, estaba planteada desde esquemas totalitarios que practicaban mecanismos de imposición y ejercían abusos de poder. Pero, en aquellos tiempos, no se hacía política porque el pensamiento

filosófico de ésta residía en la literatura, y la economía descansaba en estructuras que formaban parte del mismo sistema, basado en la concentración de un poder que, repartido, se volvía menos productivo.

La Sociedad Civil se empezó a definir en la referencia de la lucha por las libertades y se empezó a apoyar en una intelectualidad que definía los esquemas como debían ser desde el conocimiento de las carencias de los esquemas como eran. Sus primeras manifestaciones tuvieron como motivación la limitación del poder centralizado y concentrado, y las que les siguieron ya empezaron a hablar de política. Entre la Carta Magna y la Constitución de los Estados Unidos se recorrió ese camino desde la teoría a la práctica y las diferentes revoluciones empezaron a construir el lenguaje de la política.

Y, precisamente de ese lenguaje, acoplándose a la filosofía griega, nació la política. La política nació como una política de "SER-



VICIO", y fue esta política de "SERVICIO" la que abrió la puerta a la Democracia, y fue la Democracia la que agrandó las posibilidades de las economías, de los mercados y de las empresas.

Pero la política de "SERVICIO" sólo se construye y se manifiesta como consecuencia de un equilibrio Estado-Sociedad Civil y de una limitación que nace de ese equilibrio, de la concentración de poder. Si ese equilibrio no existe, no se asegura, o se rompe, las consecuencias para el país, para su economía y para sus empresas son nefastas.

Y, en los tiempos actuales, estamos constatando la debilidad de nuestro sistema, porque hemos desarrollado la democracia como sistema, pero no hemos querido desarrollar la democracia como cultura, por lo que, en el mejor de los casos, somos socialmente demócratas, pero no somos personalmente demócratas. Ello ha hecho que nuestra política como "SERVICIO" sea débil, y que exista una marcada

tendencia a la instalación de la política como "SERVICIO", que se manifiesta en realidades como el descontrolado y corrupto desarrollo urbanístico de las ciudades, las OPAS y los pactos políticos sobre empresas, y los escándalos prolongados de Ayuntamientos y otras instituciones territoriales en la gestión del suelo.

De la política de "SERVICIO" a la política de "SERVICIO" se va a través del aumento del intervencionismo, mediante la operación y el mantenimiento de sistemas electorales que hacen posible la formación de coaliciones ilógicas y *contra natura* que confiesan una voluntad compulsiva de gobernar, y mediante el uso y la práctica de lenguajes que resucitan ideologías trasnochadas y obsoletas. En y con estas prácticas, se desarrolla una degeneración de la política que tiene consecuencias negativas para el país, para su economía y para sus empresas, y que establece un entorno viciado que cuesta mucho tiempo y dinero descontaminar.



La política como "SERVICIO" genera una creciente debilidad institucional que limita el desarrollo social y contamina la ley, la justicia, la policía, la educación y la cultura unitaria de referencia como país y, en definitiva, toda su economía. El riesgo de desplazamiento de una política de "SERVICIO" a una política de "SERVICIO" existe siempre y sólo se limita perfeccionando la Democracia como sistema y desarrollando la

Democracia como cultura y, en esto, nos queda todavía mucho camino que recorrer.

Entre la política como "SERVICIO" y la política como "SERVICIO" sólo hay barreras que responden a un entendimiento humanista de la política, y a la práctica de un humanismo basado en valores y principios cuyo abandono conduce a la pobreza de todo tipo y cuya compañía conduce a la excelencia generalizada.



VI. LA POLÍTICA COMO PATOLOGÍA

Cuando hace dos años, el Primer Ministro del Reino Unido anunció su intención de reducir el número de funcionarios de ese país en más de cien mil, sonó el primer aldabonazo de llamada al reconocimiento de una situación que lleva camino de ser la tumba de la civilización europea.

Un político inteligente y hábil como Tony Blair, y con una visión de estado que no tiene ningún otro político del entorno europeo decadente, no hace ese anuncio si no tiene en la manga la más irrefutable demostración de que ese país funcionaría mucho mejor con cerca de medio millón de funcionarios menos, de forma que nadie pueda oponerse de manera razonable a la medida anunciada.

Ese anuncio ha sido lo más importante que ha ocurrido en la política europea en los últimos veinticinco años. Porque, en nuestro continente, ya es evidente que la política está acabando con

la economía, pero también es conocido que esa situación ha sido la causa del hundimiento de todos los imperios que han sido grandes y han desaparecido en el pasado, sin que ninguno de ellos haya sido capaz de reconocerlo anticipadamente y de evitar su desaparición.

La política se está comportando exactamente igual que un cáncer, aunque no somos capaces de tratarlo como tal. La primera pista de que puede tratarse como tal la ha dado Tony Blair con su importante anuncio.

Un cáncer es la consecuencia de la proliferación incontrolada e ilimitada de células no favorables que afectan a un órgano o sistema. La política básica, la correspondiente al concepto de Estado mínimo, es necesaria y, con personas adecuadas, puede y debe funcionar bien. Pero el crecimiento incontrolado del número de políticos y de funcionarios por



encima de ese tamaño razonable deteriora el sistema y cuesta más de lo que debe. La mayor parte de los Estados europeos occidentales están sufriendo esa enfermedad, con una política que ha degenerado en un cáncer.

A veces, los cánceres viajan desde la localización original y atacan otros órganos a los que afectan negativamente con su invasión. A esto se le llama metástasis y, en el caso del cáncer político, descentralización. En el cáncer político español, la metástasis se ha materializado en las Autonomías, con un proceso de desarrollo del deterioro celular proporcional al tamaño del espíritu nacionalista, cuyas células son especialmente dañinas porque se alimentan de algo tan anacrónico y desfasado como la ideología, a la que sacrifican personas y recursos, a veces vidas y muertes, como manifestación actualizada de los antiguos sacrificios humanos protagonizados por los fanáticos de turno.

En el caso del cáncer político, la ideología carece de consistencia, ya que es sólo la liturgia que hace de telón de fondo de una función que se justifica únicamente como medio de vida de unos políticos que difícilmente encontrarían empleo en actividades productivas, característica esta también del cáncer tradicional.

Esta proliferación de células no favorables consume mucha energía y recursos, y el organismo se resiente avanzando hacia una debilidad creciente que le perjudica y deteriora. Si se tratara de un sistema óptimo y exigente, serían los mejores quienes accederían a la política, mediante procesos selectivos que la perfeccionarían. Pero, en situación de cáncer político, la proliferación de políticos y funcionarios favorece la entrada de personas no valiosas que viven y se aprovechan del sistema sin crear ningún valor. Es necesario un cáncer para que se desarrollen células negativas con tanta facilidad. La crisis actual



tiene como raíz la expansión del cáncer político y el agotamiento de una economía que no puede soportarlo.

Como en el Reino Unido, también sobran muchos políticos y funcionarios en otros países de Europa occidental. En un cáncer normal, basta con el reconocimiento de la enfermedad por parte del que la sufre para abordar su tratamiento pero, en el caso del cáncer político, esto ya existe y no es suficiente. Como no es posible la solución sin el reconocimiento de la enfermedad por parte del que la origina, estamos ante una situación difícil. Por eso hay países que van tan mal y lo tienen mal, y su decadencia parece inevitable, aunque los síntomas y el diagnóstico no sean tan evidentes. Cuando el cáncer sea terminal, ya no habrá solución.

Además de las metástasis endógenas que el cáncer político origina con la llamada descentralización, en las que reproduce en otros territorios los mismos vicios y defectos, a veces agrandados,

que en el origen, ese cáncer se extiende malévolamente a otras áreas de la sociedad y las contamina con sus influencias y sus injerencias, generando un proceso que va deteriorando progresivamente el tejido social y sus instalaciones. Así que la degeneración se extiende y la sociedad afectada pierde vitalidad y energía, lo mismo que en otros cánceres conocidos. Muchas de las manifestaciones del Estado de Bienestar deberían llamarse más propiamente del Estado de Malestar. Influencias e injerencias se multiplican indeseablemente en las metástasis exógenas del cáncer político.

Como cada parte de la política se dedica a atacar y deshacer lo que han hecho y hacen otras partes, se desarrolla un fenómeno mediante el cual siempre que hay política hay contrapolítica; unos hacen y otros deshacen lo que otros hacen. El cáncer político nace de este permanente ataque y es, en sí, un ataque que convierte a la política en un juego malévolamente



de ganar-perder. Siempre hay ganadores y perdedores, y esto no sólo entre los actores y autores del cáncer, sino entre los sufridores, que son todos los demás.

También se observa un proceso de deterioro de los atributos de los protagonistas del cáncer político, en función del nivel de extensión de la enfermedad. Hace ya bastantes años, los que se dedicaban a la política eran una parte de los mejores. Sin embargo, el crecimiento del alcance de la política hizo que, después, accedieran a ella una parte de los buenos. A medida que la enfermedad se extendía, su generalización hizo abrir el abanico de las exigencias, de forma que los que se dedicaban a la política ya fueran una parte de los normales. La aparición del cáncer declarado originó que ese colectivo que lo trabaja fuera una parte de los mediocres y la extensión del cáncer político ha conducido a la situación actual, en la que, para poder acceder a la política, se ha hecho necesario no valer para otra cosa, con lo que

sólo llegan a ella una parte de los malos.

Esa es la razón por la que es tan frecuente, y cada vez más, observar que a una buena parte de los políticos les viene grande el puesto, y que a muchos de ellos, cuando lo ocupan, se les instala una sonrisa como si les hubiera tocado la lotería, que no se les va hasta que constatan, sin remisión, sus limitaciones, y aprenden el descaro de vivir con ellas. Es significativo el hecho de que la política es una de las pocas profesiones para las que no se exige *curriculum vitae* que las soporte.

Simultáneamente a la extensión del cáncer político, la sociedad que lo sufre y soporta degenera paralelamente en sus gustos y en sus exigencias. Si observamos la televisión, es de notar la creciente proliferación de programas relacionados con el morbo de las miserias de lo ajeno y la comercialización de las intimidaciones de los famosos, y de gente que, siéndolo o sin serlo, vende las suyas. Estos programas SIPSI

(de seres inferiores para seres inferiores) son metástasis exógenas del cáncer político.

El cine, instalado en la mediocridad de lo insuficiente, es otra consecuencia del cáncer político, que invade sectores también inundados por la incompetencia, y que programa liturgias de grandeza, como la gala de entrega de los premios Goya, que corresponde en su diseño y actuación a trabajos muy superiores a las vulgaridades que premian, con un boato y unos tratamientos que, dadas las circunstancias, más parecen de un circo de banalidades y de un arte representativo de una sociedad que así lo es en sus metástasis.

Todo ello está llevando a las sociedades invadidas por el cáncer político a una degradación social de la cual va a ser difícil salir. La selección de las personas que se dedican a la política ha bajado el nivel de calidad de sus exigencias y, por tanto, el coste de las decisiones que toman los polí-

ticos es cada vez más alto y menos productivo.

Ahora estamos en un momento álgido del desarrollo del cáncer político. Europa nunca fue una Europa y la Unión Europea tiene poco de Unión. El cáncer político se extiende tenebrosamente por su geografía y los países emergentes observan con interés su decadencia. Los antecedentes en la historia, que Europa supo registrar tan bien, no han servido para evitar el cáncer y, si no somos capaces de detenerlo, otros registrarán, quizá con interés primero y satisfacción después, el nuestro.

Las metástasis del cáncer político aparecen por mimetismos del cáncer central o por influencias de ese cáncer en áreas diferentes a las relacionadas directamente con las esencias políticas. En este sentido, es constatable que el alcance de la invasión del cáncer político es proporcional al nivel de intervencionismo y que el número de problemas de una sociedad es proporcional al



número de políticos que tratan de conducirla.

Es evidente que el trabajo de los políticos es mejorable en áreas que son de su responsabilidad de modo incuestionable, como la sanidad, la educación, ciertos servicios públicos, las infraestructuras, la seguridad, la justicia y el establecimiento de los derechos elementales que afectan a la presencia de la pobreza.

Las empresas de paquetería se han desarrollado gracias a la incompetencia de las empresas de correos; la sanidad nunca estuvo a la altura de lo que los impuestos hacían esperar; la educación parece siempre un camino a la deseducación; las empresas públicas energéticas, de transportes y de comunicaciones han sido escenario permanente de los mayores fracasos y la necesidad de las mayores privatizaciones; los derechos elementales se reparten entre las personas de manera imprevisible; la seguridad se ha deteriorado hasta niveles

ínfimos; y la justicia, con la intervención de los políticos, acusa una metástasis profunda que la ha hecho incomprensible e indigna de confianza.

Las obras públicas son el sótano de las corrupciones y el desconcierto de las necesidades, tanto de infraestructuras como de vivienda, donde los monstruos de las ciudades ahogan a sus habitantes dirigidos desde la torre de marfil de los decisores, que se enriquecen con su gestión inconfesable. La violencia y la inseguridad están siendo hoy la manifestación más expresiva del cáncer político, y la justicia necesita ser tratada de ese cáncer en vez de ser uno de los tratamientos más eficaces contra su desarrollo; en vez de ser terapia, es contaminación.

Las manifestaciones del cáncer político están de actualidad en sus ecografías y sus resonancias magnéticas. Los nacionalismos estropean el más elemental concepto de democracia moderna, y se llevan a ésta por delante aprovechándose de sus debilidades.

POLÍTICAS DE HUMANISMO AUSENTE



Tomás Calleja

La exacerbación de la violencia en España nos enfrenta a nuestra realidad histórica como pueblo violento y a las dificultades que encontramos para superar este estigma genético. La producción de seres inferiores solo se detendrá con educación y con universalidad, y los nacionalismos no trabajan estas dos áreas.

La democracia no es buena por el solo hecho de llamarse así; hay democracias buenas y democracias malas, y la diferencia entre unas y otras está, en buena parte, en el número de políticos. El éxito de la democracia está en evitar el cáncer político, y ello significa Estado mínimo e integridad de políticos con valores y ejemplaridad. La democracia ya se ha estropeado lo suficiente como para necesitar una regeneración, y cada vez tiene menos sentido decir que todo lo que hacen los gobiernos es lo que el pueblo ha

decidido en las urnas. Además de no ser cierto, es casi un disparate.

La política es difícil, pero la política atacada por el cáncer se convierte en fácil, aunque sea a consecuencia de la enfermedad. Necesitamos una radioterapia y una quimioterapia que sólo pueden provenir de la sociedad civil y de unos políticos con visión de estado que admitan, faciliten y decidan el tratamiento. Si no, la política acabará con la economía y seremos también historia, como las víctimas anteriores que ya lo son.

Es posible que el mejor referente de la política no patológica sea el humanismo. Un humanismo rupturista y exigente, solidario y rentable, un humanismo que establezca entornos operativos en los que se puedan aplicar con lógica y con acierto los conocimientos no contaminados de los MBA de las más prestigias Escuelas de Negocio.

POLÍTICAS DE HUMANISMO AUSENTE



Tomás Calleja

número de políticos que tratan de conducirla.

Es evidente que el trabajo de los políticos es mejorable en áreas que son de su responsabilidad de modo incuestionable, como la sanidad, la educación, ciertos servicios públicos, las infraestructuras, la seguridad, la justicia y el establecimiento de los derechos elementales que afectan a la presencia de la pobreza.

Las empresas de paquetería se han desarrollado gracias a la incompetencia de las empresas de correos; la sanidad nunca estuvo a la altura de lo que los impuestos hacían esperar; la educación parece siempre un camino a la deseducación; las empresas públicas energéticas, de transportes y de comunicaciones han sido escenario permanente de los mayores fracasos y la necesidad de las mayores privatizaciones; los derechos elementales se reparten entre las personas de manera imprevisible; la seguridad se ha deteriorado hasta niveles

ínfimos; y la justicia, con la intervención de los políticos, acusa una metástasis profunda que la ha hecho incomprensible e indigna de confianza.

Las obras públicas son el sótano de las corrupciones y el desconcierto de las necesidades, tanto de infraestructuras como de vivienda, donde los monstruos de las ciudades ahogan a sus habitantes dirigidos desde la torre de marfil de los decisores, que se enriquecen con su gestión inconfesable. La violencia y la inseguridad están siendo hoy la manifestación más expresiva del cáncer político, y la justicia necesita ser tratada de ese cáncer en vez de ser uno de los tratamientos más eficaces contra su desarrollo; en vez de ser terapia, es contaminación.

Las manifestaciones del cáncer político están de actualidad en sus ecografías y sus resonancias magnéticas. Los nacionalismos estropean el más elemental concepto de democracia moderna, y se llevan a ésta por delante aprovechándose de sus debilidades.



La exacerbación de la violencia en España nos enfrenta a nuestra realidad histórica como pueblo violento y a las dificultades que encontramos para superar este estigma genético. La producción de seres inferiores solo se detendrá con educación y con universalidad, y los nacionalismos no trabajan estas dos áreas.

La democracia no es buena por el solo hecho de llamarse así; hay democracias buenas y democracias malas, y la diferencia entre unas y otras está, en buena parte, en el número de políticos. El éxito de la democracia está en evitar del cáncer político, y ello significa Estado mínimo e integridad de políticos con valores y ejemplaridad. La democracia ya se ha estropeado lo suficiente como para necesitar una regeneración, y cada vez tiene menos sentido decir que todo lo que hacen los gobiernos es lo que el pueblo ha

decidido en las urnas. Además de no ser cierto, es casi un disparate.

La política es difícil, pero la política atacada por el cáncer se convierte en fácil, aunque sea a consecuencia de la enfermedad. Necesitamos una radioterapia y una quimioterapia que sólo pueden provenir de la sociedad civil y de unos políticos con visión de estado que admitan, faciliten y decidan el tratamiento. Si no, la política acabará con la economía y seremos también historia, como las víctimas anteriores que ya lo son.

Es posible que el mejor referente de la política no patológica sea el humanismo. Un humanismo rupturista y exigente, solidario y rentable, un humanismo que establezca entornos operativos en los que se puedan aplicar con lógica y con acierto los conocimientos no contaminados de los MBA de las más prestigias Escuelas de Negocio.



VII. ACTITUDES QUE NOS LIMITAN

Nos interesa estar convencidos de que, si no todos, muchos de los problemas de la humanidad, que siguen siendo paradójicamente los mismos de siempre, tienen solución. Nos interesa estar convencidos de que esas soluciones están hoy mucho más cerca de nuestras posibilidades que nunca antes. Y nos interesa estar convencidos de que, si estamos convencidos, lo podemos hacer. Pero estar convencidos de todo eso no es un problema de fe, ni tampoco es un problema de esperanza. Es un problema de actitudes y de comportamientos, y es necesario constatar que las actitudes y los comportamientos que han orientado hasta ahora nuestras actuaciones no son los más adecuados para ello.

El importante desarrollo que ha tenido, en los últimos decenios, la creación y configuración de estructuras sociales y políticas separadoras y distanciadoras,

mediante la manifestación de los nacionalismos, los regionalismos y los autonomismos, ha originado sentimientos y culturas aislacionistas, ha complicado las relaciones entre un número creciente de organizaciones e instituciones y, sobre todo, ha originado y consagrado unos costes estructurales crecientes que la economía productiva tiene dificultades para soportar.

También es de destacar que, por inercia o como consecuencia de lo anterior, se han establecido, en esos mismos decenios, frenos considerables a la creación y configuración de estructuras sociales y políticas integradoras, habiéndose constatado las ventajas y beneficios de todas y cada una de las iniciativas y actuaciones que se han realizado en este sentido. Europa está teniendo en este campo muchos de sus mayores problemas, y alguno de los países que la componen está recorriendo



en este territorio itinerarios con destinos desconocidos.

Las democracias, que se han desarrollado y consolidado en lo que llamamos Occidente de maneras muy positivas, se han quedado a medio camino entre sus puntos de partida y sus posibles destinos óptimos. No hay dos democracias iguales y cada una de ellas actúa como si fuera la mejor y no tuviera nada que cambiar para seguir siéndolo. Ello es consecuencia de la consolidación y el estancamiento de las políticas de corto alcance, incapaces de mirar más allá del fin de una legislación, por encima de las siguientes elecciones. Ello hará que las democracias continúen estancadas o vayan hacia atrás, con el empeoramiento de casi todo lo que, en ellas, necesita mejorar.

El predominio creciente de la dedicación de recursos a la detección y gestión de las diferencias, y el frecuente olvido de la búsqueda, establecimiento y capitalización de las coincidencias está incrementando los inevitables

costes de las primeras y dificultando las atractivas inversiones y la rentabilidad de las segundas. Es importante trabajar para el establecimiento de una cultura de las coincidencias, pues los seres humanos tenemos muchas más coincidencias productivas que diferencias onerosas. Es necesario establecer unas reglas de juego que concedan el derecho a ser diferentes sólo a las personas que puedan demostrar que son capaces de ser iguales.

El excesivo desarrollo de los conceptos, los conocimientos y las actuaciones de la competición ha originado la explosión del mundo del conflicto, que se ha convertido en el sector de actividad más consumidor de recursos improductivos. Competimos en todos los sitios y en todos los escenarios, en muchos más que en aquellos en los que puede ser aconsejable competir. Sin embargo, somos conscientes de que trabajamos y sabemos de cooperación mucho menos de lo que podemos y debemos. Si no somos



capaces de competir mucho menos y de cooperar mucho más, estaremos luchando contra nosotros mismos más de lo que podemos soportar, y ello puede tener un coste insostenible.

El ser humano siempre ha sido egoísta, no puede dejar de serlo. Pero también puede ser altruista y solidario si existe un generalizado y visible reconocimiento de la filantropía inteligente. Ello requiere un entorno social que contenga valores instalados soportados por convicciones que no ofrezcan justificaciones al escepticismo. Valores personales que adquieran la categoría de valores sociales. Y esto sólo es posible en estructuras dotadas de una cantidad y calidad suficiente de liderazgo y de líderes, y nuestra sociedad actual tiene en este aspecto una de sus mayores carencias.

La tecnología ha sido la plataforma del establecimiento positivo de las referencias de un entorno operativo de universalidad. Los transportes, las comunicacio-

nes y las redes han roto las tradicionales barreras del tiempo y del espacio y han instalado la globalidad como manifestación de la victoria de la economía sobre la política. La política ha continuado operando en un contexto de localidad y la economía ha establecido un contexto de universalidad. Pero la creación y el desarrollo de instituciones universales están encontrando dificultades importantes, difícilmente superables desde las referencias de localidad instaladas en el egoísmo de lo personal y de lo próximo.

La cultura sigue siendo la excusa de los privilegios intelectuales de la antieconomía y continúa viviendo casi de incógnito en los rincones de la estética, sin que los esfuerzos por extenderla y repartirla sean tan grandes e importantes como ella se merece y como se merece la humanidad. La democracia se ha instalado, en el mejor de los casos, como sistema, pero esa instalación es incompleta e insuficiente, ya que es imprescindible para modificar las actitudes



y los comportamientos que debemos superar, para instalar la democracia como cultura. Ello requiere una base cultural más extensa y compartida que aquella de la que actualmente gozamos.

Es por mucho de lo anterior por lo que la delincuencia se está haciendo extensa y fuerte y, en muchos casos, más fuerte que la justicia. El crecimiento de la delincuencia individual y colectiva, de personas y de mafias, en actividades crecientes en alcance y en atrevimiento, establece la instalación de entornos de falta de respeto por las personas, los derechos, las leyes, las policías y la justicia, entornos en los cuales los delincuentes constatan que el valor de las expectativas de éxito es mucho mayor que la erosión de las probabilidades de fracaso. Las conexiones entre la delincuencia

y ciertas actividades de negocios que bordean los límites de la legalidad han crecido al amparo de las debilidades de los sistemas para enfrentarse a ellas. Y una corrupción creciente las alimenta.

Y, por último, la violencia, esa lacra que ha afilado sus garras de forma insospechada en los últimos cincuenta años y que amenaza a una sociedad pacífica indefensa y perdedora, que el progreso positivo ha hecho incapaz de defenderse para asegurar la paz. Desde la violencia casera y de barrio al explotado terrorismo se recorre un abanico de peligros que supera las conciencias y las alertas más preparadas y despiertas. Y las conexiones entre la violencia y la política han hecho que ciertos conflictos tengan más posibilidades de resolverse con violencia que sin ella.



VIII. RETOS QUE NOS ESPERAN

Es frecuente que el ser humano tienda a localizar los retos en la proximidad de aquello que quiere cambiar, algo así como la tendencia a buscar las cosas allí donde hay luz, independientemente de donde puedan estar. Si queremos cambiar actitudes y comportamientos, tenemos que actuar sobre las motivaciones y, para ser eficaces en estas actuaciones, tenemos que cambiar algunos de nuestros objetivos. Especialmente aquellos que tienen que ver con la creación de riqueza, con la creación de valor y con la creación de futuro.

No es evidente que estemos generando y usando la información de la mejor manera posible si el objetivo es la creación de riqueza. No tenemos claro, de verdad, qué es la información, para qué es la información y para quién es la información. La generación de conocimiento requiere procesar información, pero los procesos de información sólo producen cono-

cimiento en entornos culturales en los que la cooperación orienta una buena parte de las actuaciones. Y esta escalera lógica nos lleva indefectiblemente al talento y a su gestión. Saber dónde está el talento y decidir para qué se usa es la base imprescindible para la creación de riqueza.

Pero la creación de riqueza puede perderse en su destino si este no está orientado por la creación de valor. El valor es lo que alimenta la capacidad de creación de riqueza y, para desarrollar ese alimento es necesario potenciar de manera creciente los niveles de educación que, al irse instalando en cerebros y corazones, estimula intenciones y sentimientos de respeto, en cuya ausencia se hace imposible la verdadera y posible democracia. Sólo en el soporte del respeto basado en la educación puede establecerse la solidaridad rentable e inteligente, esa solidaridad que abandona la



caridad temerosa para hacerse inteligencia productiva.

Y sólo la riqueza que se crea desde el valor tiene posibilidades de crear futuro. Solo la parte de presente que crea futuro puede considerarse inversión y hoy, más que nunca, es necesario invertir en sociedad. Cada vez que se ha hecho un nuevo descubrimiento en la historia de la humanidad, se ha realizado una nueva contribución a la libertad. Sin embargo, también en sus usos, fuera de lo deseable y conveniente, ha aparecido una nueva servidumbre que ha reducido el tamaño posible de aquella contribución.

Por eso, la creación de futuro es siempre la creación más rentable, y el descubrimiento es siempre creación de futuro y, por eso, la investigación y el desarrollo son la mejor manera de invertir en futuro. Pero hemos simplificado estos términos limitándolos a la ciencia y a la tecnología, olvidando que invertir en sociedad tiene horizontes de destino que sólo aparecen cuando somos capaces

de cuestionar lo que creemos inventado y consagrado. Desde esa humildad que siempre ha sido productiva, es rentable pensar que la libertad todavía no ha sido inventada del todo y quedan muchas cosas por descubrir para enriquecer su invento.

Si creemos que ya hemos inventado la democracia nos ponemos barreras para hacerla mejor. En el invento de la democracia posible tenemos uno de los principales retos de nuestra sociedad actual. El crecimiento sostenible, que ha demostrado ser un invento casi sólo en las intenciones, no se hace más posible porque su límite es, precisamente, la democracia, y la democracia actual no es la democracia posible.

El crecimiento sostenible es un buen destino, pero difícil de alcanzar con los parámetros actuales que guían las actitudes y los comportamientos de las personas y de las sociedades. Hay que inventar el crecimiento solidario ya que, sin la solidaridad

suficiente, sin la solidaridad inteligente, no es posible el crecimiento sostenible. El crecimiento solidario es el nuevo invento de la inversión en sociedad.

Y de estos conceptos e intenciones, creación de riqueza, de valor y de futuro, modernizados e impulsados por una renovada voluntad de destino mejor que el que se nos aparece con la extrapolación del presente, es de lo que puede nacer el nuevo esquema de la traída, llevada y nunca alcanzada, de verdad, eficiencia. Todavía podemos reducir y mejorar el uso de recursos por unidad de producto; todavía podemos dejar de usar recursos para hacer cosas innecesarias y utilizarlos en otros sitios más necesitados y en otras cosas más necesarias; todavía podemos ser menos sociedad de consumo y más sociedad de recursos.

La Sociedad Industrial pareció ser la explosión de la grandeza y de las posibilidades de la especie humana, pero tuvo un límite en casi todos los aspectos de sus

posibilidades, y se llegó a ese límite y se pensó que sobrepasarlo era hacer más sociedad industrial pero menos sociedad. Por eso apareció el nombre de Sociedad Postindustrial, que era más un reconocimiento de aquellos límites que un cambio de dirección. Nadie supo de verdad qué era la Sociedad Postindustrial, porque se sabía lo que no se quería ser pero no se sabía qué se quería ser.

Hasta que, a caballo del espectacular desarrollo de las tecnologías de la información, y como reconocimiento a su contribución, se acuñó el nombre de Sociedad de la Información y adquirimos la conciencia de estar en otro plano superior al anterior. En el paralelo desarrollo de las tecnologías de la comunicación, una alimentó a otra hasta que se juntaron en una posibilista convergencia, y aparecieron las TIC, que potenciaron el desarrollo de las redes, favorecieron el nacimiento de la sociedad red y multiplicaron por mil las



posibilidades de relación entre personas y colectivos.

Y todo ello fue lo que abrió la puerta al nuevo y sugestivo nombre de Sociedad del Conocimiento, en la que se supone que estamos inmersos, unos más que otros. Las posibilidades de generación de conocimiento son grandes, mayores que nunca antes, tanto en recorridos de investigación como en procesos de información y en el inteligente uso de los dos mecanismos. Pero la accesibilidad a estos mecanismos sigue siendo una referencia de discriminación y, sobre todo, una referencia de base cultural, porque la soñada Sociedad del Conocimiento sólo puede hacerse realidad con un cambio casi universal de actitudes y comportamientos, que lleve consigo una reducción de la competición improductiva y una instalación de la cooperación positiva, una desaparición de las diferencias inútiles y una capitalización de las coincidencias vinculantes, un desarrollo claro y decidido de la educación, el respeto y la solidaridad. Necesitamos una verdadera *metanoia* de la sociedad.

Ahora que ya no valen ni los Estados de Bienestar ni los Estados de Malestar, debemos pensar en soltar lastre de los primeros y en hacer crecer a los segundos, antes de que una inmigración imparable e incontrolable arruine a los primeros y vacíe a los segundos.

Tenemos que encontrar el nuevo nombre de la nueva sociedad que tenemos que construir entre todos, un nombre posible, sugerente, motivador y transformador, un nombre que signifique el orientador reconocimiento de nuevas actitudes y comportamientos, la aceptación de nuestros retos y la contemplación transparente y animosa de las esperanzas que tienen que ser el motor de nuestras actuaciones futuras. Un nombre que reconozca al humanismo como el sustrato más rentable y el destino más ilusionante de una sociedad universal en la que cada uno se gane, de verdad, el derecho a vivir.

El avance de las definiciones en la inteligencia emocional nos demuestre, cada vez con más contundencia, que tenemos un entendimiento equivocado de lo que, verdaderamente, significa ser adulto.

IX. LAS MANERAS DE SER ADULTO

Las referencias educacionales al uso han marcado una separación entre el niño y el adulto y han definido esa separación prácticamente sin interfase. O se es niño o se es adulto. Sólo cuando esa separación ha quedado consolidada, y el ser niño ha quedado atrás, la sociedad hace expreso reconocimiento de la madurez.

No solo tenemos interés en marcar las diferencias entre el ser niño y el ser adulto, sino que nos comportamos de diferente manera cuando tratamos con niños y cuando tratamos con adultos, fabricando una dosis de esquizofrenia que acabamos administrando exactamente con la inteligencia que nos falta.

Ser adulto no significa precisamente dejar de ser niño, sino sintetizarlo y quedarnos con lo mejor de serlo. Es difícil mantener como adulto la atención que un niño es capaz de poner en aquello que le interesa, y la atención es una característica de casi todo lo bueno que puede tener un adulto

Hoy ya hay conocimientos suficientes para facilitar una felicidad a la que se renuncia por pura estética y por pura oxidación, aunque



que ha sabido no dejar de ser niño.

Realmente, y afortunadamente, nunca se deja de ser niño, porque es casi imposible, pero el crecimiento de la parte adulto de la persona se hace robando cancha a su parte niño, de forma que, a partir de cierta edad y situación, hay en cada uno de nosotros una parte adulta y una parte niño.

A partir de ese momento, y por razones siempre equivocadas, lo frecuente suele ser cultivar nuestra parte adulta y aprisionar nuestra parte niño, con lo que, casi imperceptiblemente, nos endurecemos, nos hacemos más insensibles y perdemos facultades y oportunidades.

Las actitudes derivadas de nuestro interés en enseñar a los niños, e instruirlos y corregirlos, sobre lo que deben y no deben hacer, es un supino error en bastantes ocasiones, porque perdemos una buena parte de las posibilidades de nuestra relación con los niños y, sobre todo, porque perdemos la oportunidad de

aprender de ellos y, como consecuencia, perdemos la capacidad de influir en ellos.

Es importante cambiar esa relación. Si conseguimos hacer entender a un niño que queremos aprender de él, se nos entrega sin reservas. Ello supone hablar con él o ella de diferente manera a como solemos hacer y, en parte, tratarle de igual a igual. A partir de esa circunstancia, comienza una relación mutuamente enriquecedora y con posibilidades fantásticas. Supone hablarles y tratarles con palabras y formas diferentes a como lo hacemos habitualmente en nuestro modelo social que, paradójicamente, sabe poco de niños.

Y en ese camino se aprende de los niños, aprendemos a actuar para influirles positivamente y ellos influyen en nosotros positivamente. Como consecuencia de ese aprendizaje, aprendemos a tratarnos mejor con los adultos porque aprendemos a relacionarnos con su parte niño desde nuestra parte niño.



Y así se facilitan las empatías, se aceleran las conexiones, se simplifican las diferencias, se descubren las coincidencias, se relativizan los "ques", se disfrutan los "comos" y aparecen conspiraciones y connivencias, emociones y sentimientos, que nos abren puertas a la felicidad y nos enseñan a disfrutar de una parte de cada persona a la que el progreso ha secuestrado y que está llena de posibilidades cuando aprendemos a liberarla y hacerla vivir en nosotros y en ellos.

En el año 1977, hace ya treinta años, Gordon Forward, presidente ejecutivo de *Chapparral Steel* y exdirectivo de *Avis* en la época de su famoso presidente Robert Townsend, introdujo en el mundo empresarial el concepto de *Management by Adultery*, preconizando una manera imaginativa de tratar a las personas como adultos y partiendo de la constatación de la escasez de este tipo de comportamientos en las relaciones de los jefes con sus subordinados.

La idea tuvo un relativo éxito y, para las personas que entendieron su mensaje, podemos decir que un gran éxito. En los muchos artículos y conferencias que Forward escribió y pronunció sobre el tema, hablaba del mundo de las emociones en muchos sentidos. Estos han quedado posteriormente encajados dentro del concepto de Inteligencia Emocional, de la rentabilidad de tratar a las personas como adultos y de las frecuentes actitudes de líderes y directivos, alejadas de este tipo de planteamientos y más cerca del autoritarismo improductivo o del paternalismo anulador.

En cualquier caso, no todo el mundo tiene claro lo que significa ser o hacerse adulto, ni las opciones que existen para ello, y el tema resulta del todo interesante porque afecta a las actitudes y comportamientos de las personas en su relación con los demás. No es lo mismo hacerse adulto dejando de ser niño que hacerse adulto conservando lo mejor de ser niño. En el primer caso se



desarrolla un proceso de sustitución "en vez de" y en el segundo caso un proceso de crecimiento "además de".

El niño vive intensamente la "manera aprender". Está aprendiendo constantemente y esa voluntad de aprendizaje es la que le hace aprender a preguntar y preguntar continuamente. El niño es un aprendedor. Con la aparición del adulto aparece la "manera saber", que manifiesta una tendencia a preguntar menos y a afirmar más y presenta el riesgo de que el adulto se instale en la "manera saber", dejando prácticamente de preguntar y expresándose casi exclusivamente con afirmaciones. Si esto ocurre, se pierde la posibilidad de hacerse adulto "además de" y se consolida el adulto "en vez de".

No existe una generalizada conciencia de que si se deja de preguntar se deja de aprender. El adulto instalado en la "manera saber" puede, aunque difícilmente, llegar a ser un pasable directivo pero nunca puede llegar a ser

un buen líder. La "manera aprender" y la expresión de las emociones pertenecen a la parte niño de la persona. La "manera saber" y el ocultamiento de las emociones pertenecen a la parte adulta de la persona. Por eso hay varias maneras de ser adulto en función de la parte niño que se haya sido capaz de conservar.

Se puede constatar fácilmente que la mayor parte de los políticos no preguntan y no saben preguntar. Están instalados en la "manera saber" y, precisamente por eso, ni saben, ni saben hacer ni hacen bien. Son adultos "en vez de" y tienen muchas dificultades para aprender. La política, en contra de lo deseable, hace adultos de malas maneras.

Las personas que no preguntan no suelen saber gestionar sus emociones, y eso tiene mucho que ver con la comunicación. Cuando las personas se comunican, se establece entre ellas algo así como un canal de conexión por el que pueden circular información y emociones, casi al cin-

cuenta por ciento de cada parte. Si no comunicamos emociones, estamos utilizando el cincuenta por ciento del canal y, si nuestro interlocutor hace lo mismo con sus emociones, el resultado neto es que la utilización del canal es del veinticinco por ciento. Las posibilidades reales de conexión se reducen considerablemente cuando sólo se comunican las partes adulto de los interlocutores.

Sólo cuando las personas se hacen adultos "además de" son capaces de comunicarse plenamente utilizando el cien por cien del canal de conexión, y entonces se hacen realidad las verdaderas posibilidades de la comunicación, y se crea, en ella, un valor que se manifiesta inaccesible a las personas que se comunican desde la "manera saber", que es la manera en la que se instalan los adultos "en vez de".

Los adultos "en vez de", instalados en la "manera saber", dirigen por órdenes, que se expresan

mediante afirmaciones, y lo más que pueden esperar son obediencias. Los adultos "además de", que practican la "manera aprender", dirigen por expectativas, cuya inspiración requiere preguntas, y consiguen comuniones. Probablemente la parte niño de las personas es casi siempre su mejor parte, y es la que sacrifican los que abandonan la "manera aprender", corriendo tras un egoísmo que nunca les da lo que esperan.

La diferencia entre los adultos "en vez de" y los adultos "además de" es, precisamente, la orientación humanista. El humanismo, además de estimular actitudes y comportamientos de carácter centrífugo, por su orientación a los demás, se hace preguntas, porque el humanismo moderno está basado en la creencia de que las cosas son sólo significativas cuando son buenas respuestas a preguntas importantes. Y esa actitud de relación pregunta-respuesta es la que nos conduce al humanismo solidario.



X. ESPERANZAS QUE NOS ANIMAN

Este podría ser, y debería ser, el apartado más largo de este Cuaderno. En el espacio grande y magnífico que encierra el limbo de lo que esta nuestra humanidad puede y debe hacer no hay sitio para el escepticismo; pero sí hay mucho sitio no ocupado para la voluntad, para el trabajo y para la pasión...

Hay en este mundo mucha más inteligencia de la que estamos usando, que aparece muchas veces tarde cuando la necesidad ha puesto en el pasado el momento de su oportunidad. Hay mucha inteligencia prisionera de la inercia, de la costumbre, de la burocracia, de lo que consideramos logros que han sido adormideras de las expectativas, de una pasividad para la cual el ser humano no fue nunca diseñado, de un sistema poco estimulante que no sabe premiar como se deben premiar las verdaderas contribuciones. Hay mucha inteli-

gencia dormida, oxidada, desanimada, desorientada que, puesta al servicio de la humanidad, puede crear una riqueza, un valor y un futuro necesarios.

Esa inteligencia puede y debe despertarse con el estímulo, siempre necesario y siempre rentable, de una educación universal y de una cultura de lo universal. La educación no puede ni debe someterse a ideologías ni limitarse a geografías, sino que debe concebirse como un derecho de la persona y como un patrimonio de la sociedad universal. La educación universal enriquece, ennoblece, facilita las relaciones, estimula los intercambios y es el principal abono de los territorios comunes de ideas y actuaciones en las que las personas, sin exclusión de ninguna, pueden cooperar y crear.

Esa educación, puesta al servicio de la humanidad, estimulará el desarrollo de la medicina victo-



POLÍTICAS DE HUMANISMO AUSENTE

Tomás Calleja

riosa, que vencerá las servidumbres más penosas de la enfermedad, que erradicará una buena parte de ellas y que creará referencias de salud que producirán beneficios más allá de las inversiones y los costes que las han hecho posibles.

Esas referencias de salud estimularán la confianza de las personas en vivir y potenciarán la pasión por la vida. Esto iluminará las conciencias y despertará los compromisos de las personas con su contribución a la sociedad, en la que ellas pensarán más que en la contribución de los sistemas a las personas. Así la solidaridad inteligente empezará a vencer a los egoísmos miopes de la proximidad.

Y esa solidaridad inteligente empezará a hacerse rentable en la formación real y en la configuración positiva de una verdadera vocación europea que empiece, por primera vez y de verdad, a dar significado y sentido a esta palabra. Instituciones europeas, ejército europeo, policía europea, fis-

calidad europea, geopolítica europea, empresas europeas, gobierno europeo, justicia europea y constitución europea. Todo ello diseñado, presentado y vendido por una clase política que lo quiera, que se lo crea y que conozca y razone la impresionante reducción de costes políticos, administrativos y funcionariales que ello va a suponer. Este es el único camino para hacer de Europa un continente líder y competitivo, de acuerdo con el objetivo de la Cumbre de Lisboa, para cuyo acercamiento no se ha dado el más pequeño paso desde que los presidentes de los Estados de la Unión Europea formularon ese objetivo.

La nueva Europa, la posible nueva Europa, conseguirá dejar de ser el segundo occidente. Volverá a ser el centro del mundo que fue, aunque ahora tenga que compartir ese ser el centro con los Estados Unidos, que lo han ganado a pulso y con más méritos que nadie. Entonces, el mundo pasará de dos occidentes a uno y eso

será rentable y, con el liderazgo de China y Japón, se abrirá la posibilidad de pasar de varios orientes a dos orientes y de dos orientes a uno, lo que puede representar un paso de gigante en la construcción de la nueva sociedad necesaria.

Con un occidente y un oriente se empezará a abrir la posibilidad, nunca abierta hasta el presente, de la convivencia de las religiones. La historia de las religiones está más llena de diferencias que de coincidencias, lo cual es una contradicción a las esencias y los verdaderos fundamentos de casi todas y cada una. Si las religiones, que se dirigen a lo más elevado de las personas, no pueden convivir, las sociedades, que incluyen a lo más elevado y a lo menos elevado de las personas, tampoco pueden convivir. Otra vez, el predominio de las diferencias sobre las coincidencias hace imposible la necesaria convivencia.

Y es sólo desde esa necesaria convivencia, adecuadamente soportada, desde la que podemos

abordar el compartir los recursos de la tierra para satisfacer las necesidades de todos los seres humanos. Probablemente en la gestión de ese compartir aparezca la solidaridad inteligente y, como consecuencia de la solidaridad inteligente, se haga posible la tan deseada eficiencia, que hará rentable todo lo anterior.

Probablemente, desde ese compartir podrán hacerse posibles la policía invisible y la justicia inteligente, como consecuencia de compartir, también, entendimientos, problemas y responsabilidades que no pueden abordarse desde la actual galaxia de proximidades, intereses, partidismos y opiniones alejadas del equilibrio necesario entre derechos y obligaciones.

La tecnología, el concepto más carismático de nuestra época, cuyo significado ha desbordado los límites de su destino y ha invadido el espacio vital de las personas como una referencia de progreso, se ha convertido en el norte de cualquier sociedad que



quiera ser mejor, más rica, más feliz y más poderosa. La tecnología es el metro de la distancia entre pobreza y riqueza, entre incapacidad y capacidad, y se ha convertido en la sepultura de las ideologías que, utilizando el lenguaje del *management*, se han transformado en las expresiones actualizadas de las ficciones que conducen a la ineficacia de ciertos sistemas de gobierno.

Pero las posibilidades de la tecnología siguen siendo ingentes y, de hecho, su desarrollo y su progreso harán posibles muchas de nuestras esperanzas, al hacer accesible a personas y sociedades sin recursos plataformas de despegue de sus perezosas economías. Las tecnologías de entorno, de proceso y de bolsillo harán, de nuevo, una parte de los milagros.

Y la sociedad civil, la parte no Estado de la sociedad, deberá vertebrarse con el desarrollo de instituciones y las iniciativas de las empresas, que deberán hacer posible la ocupación de un espacio de liderazgo social que les corresponde. Sin su contribución es imposible el equilibrio necesario de influencias en la construcción y el funcionamiento de la nueva sociedad a la que, como hemos dicho antes, es necesario poner un nombre para hacer posible su nacimiento.

En fin, una a una, estas esperanzas se harán realidad con el trabajo, el esfuerzo y la pasión de las personas, de las muchas personas, que trabajan para hacer posible y para construir la sociedad del nuevo nombre, la Sociedad del Entendimiento.



XI. HACIA UN NUEVO ORDEN SOCIAL

Los modelos y los sistemas sociales no han sido siempre los mismos y ninguno de ellos vale para siempre. Cada uno de ellos ha sustituido a otro anterior e inferior y cada uno de los que han desaparecido ha sido sustituido por otro posterior y superior. Todos han valido para una situación y un tiempo y todos los que han desaparecido han dejado de valer para la situación y el tiempo que han acabado con ellos. Las cosas y los problemas importantes han hecho aparecer las debilidades de los sistemas, y estas han materializado las incapacidades de los modelos que han sido las razones de su desaparición. Ahora estamos ante la evidencia de que nuestro modelo y nuestro sistema social no valen, de que nuestro orden social no puede superar lo que debiera superar, y ello nos plantea la necesidad de un nuevo orden social cuya implantación se hace cada día más urgente.

La pendiente hacia situaciones de manifiesta incapacidad que hacen crecer el mundo de lo ingobernable ha sido, en los últimos veinte años, un itinerario de desaciertos que han hecho casi inevitable lo indeseable. El conflicto de los Balcanes ha hecho de la eterna y reciente Yugoslavia la solidificación de todas las miserias humanas y la fotografía permanente de la incapacidad institucional. El problema permanente del desentendimiento palestino-israelí tiene consecuencias indeseables todos los días de todos los años y es la causa profunda de los 11-S-02. Los innumerables escándalos institucionales y empresariales materializan constantemente las consecuencias de una corrupción arraigada y enquistada en las culturas de los órganos más elevados y representativos de una sociedad decadente e insolidaria. El crecimiento de la violencia y la multiplicación incomprensible de atentados y



guerras destruye valor y riqueza allí donde se crea y allí donde debiera crearse y multiplicarse. Todo ello alcanza la cúspide del desconcierto en una guerra actual que instala el imperio del sinsentido, que divide a un mundo desconcertado y que puede acarrear la consolidación de un conflicto varias veces más grande que el que los simplificadores universales han tratado de resolver.

La crisis está servida; ya casi nada puede salir peor de lo que las cosas están saliendo, y el final de una etapa importante, que debe superarse y pasar a ser historia, está a la distancia de una bisagra gigante que debe pasar hoja del mundo y abrir la puerta a un horizonte nuevo, limpio e ilusionante. Es necesario entender el pasado reciente para hacer el futuro posible.

Dos son las referencias fundamentales que han originado esta gran crisis, distinta a todas las crisis anteriores y solo parecida, con las debidas traslaciones, a aquellas que han anticipado cambios

profundos en el orden social y que han originado el nacimiento de nuevos modelos sociales, como fueron el Renacimiento y la Ilustración.

En primer lugar, el fracaso de "LO POLÍTICO". El gigante político se ha convertido en un monstruo al que la economía no puede alimentar y que ha estropeado paces, justicias, convivencias y solidaridades. La política del futuro tiene que ser otra cosa más pequeña, más selectiva, más solidaria, más exigente con los que se dedican a ella, menos intervencionista y menos corrupta. Cada varios años, los Oscar nos recuerdan el holocausto; cada varios años, alguien nos recuerda el holocausto porque no quiere que la humanidad lo supere y porque quiere que esté por encima de los demás holocaustos que se llevan por delante cada año muchas vidas y muchas muertes, que para los recordadores deben ser menos importantes. Superemos el holocausto porque sólo está en la memoria de los respetuosos y

en el recuerdo de los violentos. Esta penúltima guerra de ahora ha tenido que demostrar que la Unión Europea no existe, que la OTAN es un espíritu puro y que la ONU es un decorado ciego y desposeído, válido solo para representaciones de ensayo.

En segundo lugar, el agotamiento del concepto de NACIÓN, que ha perdido su contenido por innecesario y que impide la creación de la necesaria universalidad. En un mundo de diferencias egoístas y destructoras, la nación hace imposible la generación de coincidencias creadoras y generadoras de valor. Ya está bien de diferencias y de altares de diferencias en los que hemos convertido las naciones. Exijamos algo importante para adquirir el derecho a ser diferentes, como puede ser el demostrar y practicar la capacidad para ser iguales. Porque es en la igualdad en donde nacen los amores, las coincidencias, los respetos y las felicidades, y porque, querámoslo o no, la igualdad preside el universo. Los

demasiado diferentes no saben entregarse a nada y los demasiado iguales no saben nunca quienes son. La nación solo vale para los demasiado diferentes y para los demasiado iguales, así que no vale ni para los inteligentes ni para los generosos; no vale ya para casi nada útil.

Este orden social nuestro basado en un concepto no actualizado y no adecuado de la política, que está fracasando visible y estrepitosamente en estos tiempos de sus límites, y en un concepto de nación que se ha quedado obsoleto, está alargando hacia la eternidad el embarazo de la solidaridad, que no acaba de nacer porque la solidaridad es otra cosa diferente de la que creemos que es en nuestro esquema. Los problemas del medio ambiente, con manifestaciones cada día más preocupantes, las diferencias entre ricos y pobres, que se llevan vidas cabalgando en la injusticia, y la creciente e incontrolable violencia, en sus múltiples manifestaciones, son problemas deriva-



dos del no nacimiento de la solidaridad positiva.

Las ideologías ya vacías y las religiones ya gastadas cuestan mucho y producen poco, lo mismo que las historias diferenciadoras y no convergentes, de forma que los problemas de hoy siguen siendo los problemas de siempre, y ya no deberían serlo. Este orden social nuestro ya no vale y hay que superarlo o veremos cosas todavía peores que las que estamos viendo. Hay muchas personas a las que este orden social ha robado la dignidad y tenemos que devolvérsela para que las muertes hayan valido para algo y las vidas valgan más de lo que valen hoy.

No es bueno seguir anclados en algo que no vale y que no lleva a ninguna parte. Hay que superar una historia que sirve como experiencia pero que no sirve como referencia, y hay que aproximar lenguajes que no se entienden y voluntades que no se miran. Hay que superar ideologías políticas que ya han hecho su papel y que

no tienen papel; la izquierda y la derecha han fracasado las mismas veces y no tienen otro horizonte que el fracaso.

Para superar esta situación, en cuya debilidad solo cabe la desesperanza y en cuyo reconocimiento está el consenso, es necesario trabajar en tres campos de pensamiento-entendimiento. Estos, aunque difíciles y áridos, serán los cauces por los que discurrirá nuestro caminar hacia el nuevo orden social.

En primer lugar, la construcción de bloques geopolíticos adaptados a la realidad humana, social y técnica de hoy; no tiene sentido ni futuro la actual proliferación de naciones, estados y estadillos que solo gestionan diferencias improductivas. América del Norte es fuerte porque es un bloque geopolítico adaptado. Europa debe moverse hacia ser un bloque geopolítico de verdad, así como América del Sur, así como África, así como Oriente Próximo, y así como Extremo Oriente. La construcción de blo-

ques geopolíticos simplificará los gobiernos, reducirá costes de infraestructura y de defensa y facilitará la implantación de un esquema de UNIVERSALIDAD, dimensión básica de referencia del nuevo orden social.

En segundo lugar, la CONVERGENCIA ideológico-religiosa de las cuatro culturas basadas en referencias espirituales de origen revelado. La actual separación espiritual entre el cristianismo, el judaísmo, el islamismo y las variantes religiosas orientales no tiene sentido ni produce nada. Es absurdo que las religiones nos separen y que hagamos de ellas barreras infranqueables de desentendimiento. El respeto y el amor, preconizado por ellas, necesitan para realizarse el nuevo orden social que disolverá las diferencias.

En tercer lugar, la instrumentación positiva de la MUNDIALIZACION de los tratamientos de problemas deslocalizados de alcance generalizado, como son los relativos al medio ambiente, a la

pobreza y a la violencia. Sólo disponiendo de órganos de alcance mundial, con poder y recursos suficientes, podrán abordarse esos problemas y construirse plataformas que hagan posibles las soluciones en estos tres campos que confiesan la actual incapacidad de los modelos de gobierno.

Todo esto requiere nuevos entendimientos, más realistas y más posibilistas, de las tres coordenadas eternas y en eterna construcción, como son la libertad, la educación y la democracia, que deben ser repensadas y redescubiertas, sin miedos y sin dogmas, a la luz de la experiencia de la historia y de la inteligencia del futuro. Sólo partiendo del reconocimiento de que queda mucho por crear y por hacer en estas tres coordenadas, de que sólo están inventadas en sus principios, podremos descubrir sus nuevos horizontes y hacer más posibles la solidaridad y la felicidad.

Para superar las deficiencias de este orden social caduco y acabado es necesario trabajar mucho.



Debemos crear ese nuevo orden social en beneficio de las personas y de su dignidad. Hagámoslo posible y detengamos esta caída de una humanidad que mira de rodillas a su destino y que no conseguirá levantarse mientras su alma no sea suya.

En la búsqueda de esa necesaria solidaridad, que este orden social nuestro no puede conseguir, es imprescindible hacer posible un modelo de desarrollo sostenible que evite el deterioro de un medio ambiente que se agota por momentos porque los países ricos lo llenan de residuos y los países pobres lo vacían de recursos.

El desarrollo sostenible es una referencia de creciente consideración en las actividades de las personas y de la sociedad. Pero a medida que esa referencia se concreta, se transforma en un objetivo distante que exige acciones y entendimientos cuyo planteamiento enfrenta nuestro sistema social a sus propias limitaciones, que hacen casi inaccesible ese

maravilloso y necesario objetivo de la solidaridad.

Resulta innecesaria la enumeración de los problemas actuales de la humanidad. Nunca ha habido más y mejor conocimiento de ellos ni mayor capacidad para resolverlos. Sin embargo, la incapacidad para acercarse a los necesarios entendimientos que pueden hacer posible su solución sigue siendo la misma. Esos problemas son consecuencia del progresivo deterioro del medio ambiente y de la falta de solidaridad o, lo que es lo mismo, de que estamos haciendo un desarrollo insostenible.

Dentro de nuestro actual orden social la situación es preocupante porque esos problemas crecen y se complican con el aumento de la población. La especie humana crece cerca de cien millones de personas por año, y nadie es capaz de imaginar sistemas y entornos de vida digna para nueve mil millones de habitantes, que será la población universal antes de mediados de siglo.



La tecnología es una de las referencias paradigmáticas de nuestra sociedad. Su significado ha desbordado los límites del contorno para el que se creó y ha invadido el espacio de lo concreto como un anagrama inevitable de progreso y de modernidad. La tecnología es el norte de cualquier futuro soñado por cualquier parcela de la sociedad que pretenda ser mejor y más poderosa. La tecnología es el norte de la distancia entre pobreza y riqueza, entre incapacidad y capacidad, y está siendo la sepultura dorada de las ideologías que, adoptando el lenguaje del *management*, se han transformado en las expresiones de las nuevas ficciones que prolongan hacia la ineficacia muchos de los actuales sistemas de gobierno.

Nadie duda de que la tecnología acabará resolviendo casi todos los problemas que se le planteen, al menos desde un punto de vista teórico y a una distancia de la práctica mensurable en recursos económicos que la

sociedad debe pagar por resolver. Pero eso no basta porque, a la vista de los acontecimientos de esta bisagra entre dos centurias, es necesario gestionar bien el tiempo. Algo que es importante y necesario podría llegar tarde.

Muy por detrás de la tecnología están los entendimientos necesarios para hacer posible la solidaridad y para detener el deterioro del medio ambiente. En definitiva, para detener el desarrollo insolidario y hacer posible el desarrollo solidario, concepto más avanzado y posibilista que el de desarrollo sostenible.

Esta crisis actual se está llevando por delante principios y valores que nuestro actual sistema social creía eternos y con futuro de optimismo. Está derrumbándose a sí mismo porque la geografía se ha hecho grande para los mapas pequeños y las guerras se han hecho infinitas para los poderes grandes.

Nuestro sistema social produce demasiados gestores de diferencias y anula los gestores de



coincidencias. Es imposible pensar en solidaridad con tanto parásito viviendo del sistema, y es imposible pensar en desarrollo sostenible con tanto destructor cargando armas para mañana.

Es necesario crear, inventar, imaginar nuevos sistemas sociales y políticos que superen las limitaciones que los actuales son incapaces de superar. Ello implica el reconocimiento explícito de que existen hechos, conceptos, aspectos, patrimonios y esquemas que tienen alcance mundial, que son universales en su esencia y que no están tratados, ni instrumentados, ni gestionados como tales.

El diseño, la creación, la operación y la gestión de los sistemas mundiales será la base para tra-

bajar en la solución de los problemas más importantes de la humanidad y de sus generaciones. La solidaridad y el desarrollo solidario son un todo y no se pueden hacer por partes. Sólo otro orden social puede hacerlos posibles. Este no.

Todo lo referente a ese nuevo y necesario orden social, que puede detener lo indeseable y hacer más posible lo deseable, debe tener una base centrada en la persona; unas referencias centradas en la humanidad y unos valores centrados en la sociedad. En definitiva, ese nuevo orden social debe basarse en el establecimiento de un nuevo humanismo, nuevo por representar otro intento, pero viejo porque sus mensajes y sus finalidades serán, por incólumes, los mismos de siempre.



XII. CONCLUSIONES

En definitiva, y a modo de resumen sintético de este Cuaderno, concretamos aquí los mensajes más representativos de la necesaria reorientación de la política para que pueda enfocar, con posibilidades de acierto, los verdaderos problemas de la actual sociedad y de la futura humanidad.

1. La globalización es un proceso imparable que romperá las barreras tradicionales y diluirá los proteccionismos históricos, cambiará las reglas de juego de los negocios y primará las visiones universalistas, penalizando las visiones localistas. Además de requerir competitividad estructural y aprovechamiento de las tecnologías, enfatizará la importancia de la investigación y el conocimiento, pondrá dificultades a las ideologías sociales y localizará los retos sólo en la inteligencia y en las capacidades de relación.

2. La humanidad acabará utilizando todas las materias primas y los recursos energéticos de que dispone, y primará su contribución basándose en el respeto al medio ambiente y su aportación a la salud y a la calidad de vida. El desarrollo de las energías limpias y la inteligencia en los modelos de gestión del agua serán indicadores relevantes de las nuevas maneras de entender la vida y la economía.

3. La investigación será el baremo futuro del verdadero progreso y sus aplicaciones la plataforma futura del desarrollo. El binomio investigación-conocimiento será el mejor trampolín de generación de riqueza de cada sociedad. Los procesos de servicio a la vida en sus mejores acepciones representarán la esencia más atractiva de un progreso que acabará volando sobre el territorio agotado de las ideologías.



4. La modernización de la empresa y el asentamiento de su competitividad deberá basarse en una ambiciosa visión de las potencialidades conectadas de tres dimensiones esenciales: entorno-tecnología-cultura. La historia y la política hacen el entorno. La ciencia y la investigación hacen la tecnología. La cultura es una combinación, exquisita y difícil, de valores (principios), talento (conocimiento) y compromiso (voluntad). Sin una cultura-conciencia de país y sin una universidad excelente e influyente aquel triángulo mágico no se consolida.

5. La actividad política deberá rediseñarse para dejar de moverse en círculos siempre concéntricos de intereses presentes y de humanismo ausente y para poder convertirse en lo que, indiscutiblemente, debe ser, una política de

SERVICIO. Debe comenzar por el reconocimiento de que la actual política se ha alejado considerablemente de esta concepción y de que se ha creado una cultura de desconcierto basada en la repetición constante de que la política ya es lo que debe ser.

6. Los bloques geopolíticos, los centros del mundo y los extremos del mundo deberán establecer unos planteamientos de sus relaciones basados en un entendimiento humanista de la persona y de su dignidad, de la sociedad y de su configuración, de la humanidad y de su destino, como los núcleos esenciales de vida, de influencias y de decisiones. Este entendimiento del nuevo humanismo ya no es sólo necesario, sino que es la única posibilidad de la instalación eficaz y eficiente de una solidaridad verdaderamente rentable.



CUADERNOS EMPRESA Y HUMANISMO

En español

- | | | | |
|------|---|------|--|
| Nº1 | <i>Aspecto financiero y aspecto humano de la Empresa</i>
Vittorio Mathieu | Nº14 | <i>La empresa entre la Economía y el Derecho</i>
José Antonio Doral |
| Nº2 | <i>La interpretación socialista del trabajo y el futuro de la Empresa</i>
Leonardo Polo | Nº15 | <i>La empresa ante la nueva complejidad</i>
Alejandro Llano |
| Nº3 | <i>La responsabilidad social del empresario</i>
Enrique de Sendagorta | Nº16 | <i>Empresa y libertad</i>
Jesús Arellano |
| Nº4 | <i>El sentido de los conflictos éticos originados por el entorno en el que opera la Empresa</i>
Juan Antonio Pérez López | Nº17 | <i>¿Qué es el humanismo empresarial?</i>
Rafael Alvira |
| Nº5 | <i>Empresa y Cultura</i>
Fernando Fernández | Nº18 | <i>El rendimiento social de la Empresa</i>
Jose M. Basagoiti |
| Nº6 | <i>Humanismo y Empresa</i>
Cruz Martínez Esteruelas | Nº19 | <i>Elementos configuradores de la actual valoración del trabajo</i>
Tomás Melendo |
| Nº7 | <i>Moralidad y eficiencia: líneas fundamentales de la ética económica</i>
Peter Koslowski | Nº20 | <i>Dirección y sistemas de mando</i>
Manuel López Merino |
| Nº8 | <i>La estrategia social de la empresa</i>
Manuel Herrán Romero-Girón | Nº21 | <i>La índole personal del trabajo humano</i>
Tomás Melendo |
| Nº9 | <i>El trabajo directivo y el trabajo operativo en la empresa</i>
Carlos Llano | Nº22 | <i>La revolución social del management</i>
Tomás Calleja |
| Nº10 | <i>El altruísmo en la empresa</i>
George Gilder | Nº23 | <i>Indicadores de la madurez de la personalidad</i>
Enrique Rojas |
| Nº11 | <i>Ricos y pobres. Igualdad y desigualdad</i>
Leonardo Polo | Nº24 | <i>Empresa y sistemas de cooperación social</i>
Ignacio Miralbell |
| Nº12 | <i>El utilitarismo en la ética empresarial</i>
Joan Fontrodona | Nº25 | <i>Humanismo para la dirección</i>
Miguel Bastons |
| Nº13 | <i>La empresa en la historia</i> | Nº26 | <i>Actualidad del humanismo empresarial</i>
Alejandro Llano |

